

pero habiendo ocurrido de repente la muerte de León X, el cardenal de Médicis, legado, y el cardenal Schinner de Sion, que hacían llevar su cruz de plata delante de las turbas de los suizos blasfemadores y ladrones, se separaron de Carlos V, cuya intención era no dar dinero á aquellos pillos, sino consumirlos haciéndoles reprimir las rebeliones de la Bélgica, la Castilla y el reino de Valencia. La fortuna de los imperiales fué, pues, interrumpida; pero habiendo sido conferida la tiara á aquel Adriano, antiguo preceptor de Carlos V, y gobernador de España, hombre enteramente extraño á los intereses italianos, ignorante de los manejos de la política, y amigo de la paz, el nuevo pontífice creyó conseguir una pacificación, no sólo absolviendo y restableciendo á los duques de Urbino y Ferrara, sino poniéndose á la cabeza de una liga contra la Francia (1523). En esta confederación entraron con el papa el emperador, el rey de Inglaterra, el archiduque Fernando de Austria, Florencia, Génova y Siena. Además encontró una ayuda en el condestable de Borbon, que irritado contra el rey, concibió el proyecto de entregar su patria á los extranjeros, cuya partición habían ya combinado entre sí Carlos V y Enrique VIII por el tratado de Bruges.

No pudiendo Francisco I pasar en persona á Italia, confió al almirante Bonnivet, el más adalador y ménos capaz de sus cortesanos, el mando de su ejército, compuesto de cuarenta mil hombres de hermosas tropas. El lúgubre drama de que la Italia era teatro se acercaba á su catástrofe. Los pequeños señores de Italia, Colonna, Barbiano de Belgioioso, Escotti, los Pio, Fregoso y Rangoni, que en los tiempos anteriores habían adquirido un dominio con las armas, vendían ahora su brazo para conservarle, y, sin tener en cuenta absolutamente la fidelidad, trataban de conciliarse tan pronto al uno como al otro de aquellos soberanos sin fé. El pueblo, como acontece cuando sufre, esperaba algún consuelo á sus males; y en aquel movimiento general de la Europa, soñaba con el restablecimiento de los derechos de cada uno. Recordaban los gibelinos que la libertad había florecido en Italia bajo el nombre imperial, y esperaban que Carlos V la haría renacer. Asustábanse los güelfos sólo con ver tantas tropas

reunidas. Tenían confianza en la Francia y en sí mismos para obtener una buena paz. Florencia estaba sobre las armas; Venecia no estaba aún dividida; el papa creaba cardenales para procurarse dinero, y no hubiera querido regocijarse á los luteranos.

La expulsión de los franceses no había consolado á la Italia, porque los imperiales vivían allí á discreción saqueando y robando las ciudades y aldeas según la necesidad que tenían, y hasta los estados independientes. Pero Morone continuaba fomentando contra ellos el odio en Milan; y Andrés Barbato, fraile agustino, excitaba también á preservar á la patria de la mancha de los bárbaros, recordando que si los gentiles lo hacían únicamente con la esperanza de la gloria, los cristianos debían también pensar además en la vida inmortal.

Desunidos, como lo estaban, hubieran sucumbido los milaneses si el almirante Bonnivet, declarando que no quería imitar el ardor común en los suyos, no hubiese dejado escapar las ocasiones de vencer. De esta manera dió tiempo para que se extendieran los enemigos. A pesar de la pérdida que hicieron de Próspero Colonna, el general más prudente de la época, que había enseñado á vencer sin combate, y sólo por la elección de las posiciones, pudieron continuar la guerra mandados por Carlos de Lannoy, que le reemplazó, y se juntaron al condestable de Borbon y á Francisco Avalos, marqués de Pescara. En sus filas peleaba Juan de Médicis, de la rama de la clase media, que se había pasado del servicio del pontífice al de la Francia, y después á las filas imperiales. Mandaba las bandas negras, llamadas así porque llevaban luto por León X. Volvió á introducir la costumbre de las tropas ligeras que había caído en desuso. «Quería que sus soldados montasen caballos turcos, y rocines de España; que estuviesen bien armados con yelmos á la borgoñona, de tal manera, que siguiendo su ejemplo, y por la comodidad que se ha encontrado, casi se ha renunciado á los hombres de armas en Italia, produciendo con frecuencia entrambos efectos y con ménos gastos y más rapidez. El fué también el que introdujo la milicia llamada lanzas sueltas, que se componía de hombres elegidos y bien pagados, que seguían siempre ya á pié, ya á caballo, á su ca-

pitan, sin estar sujetos á nadie más. De entre ellos salieron después hombres de gran reputación y autoridad, por su valor y la benevolencia del señor.»

Bonnivet fué enteramente batido en Romagnano. Sintiendo Bayardo, herido de muerte, quiso que se le colocase contra un árbol, con la cara vuelta hácia el enemigo. Habiéndole encontrado el condestable de Borbon en aquella posición, le expresaba el sentimiento que tenía por su suerte, pero el héroe le respondió: *No es á mí á quien hay que compadecer, porque muero como hombre de bien, sino á vos, que peleáis contra vuestro rey y vuestra patria.* Dió el último suspiro, y los franceses salieron aún otra vez de Italia.

Sin embargo, los vencedores no se regocijaban. Apenas podían encontrar en el país más fértil, reducido por ellos al estado más miserable, las cosas necesarias á su existencia; les fué preciso, para sostener sus tropas, llevarlas fuera de la Lombardia, principalmente á Romaña, cargando de contribuciones á sus súbditos y amigos, y mostrando á la Italia, que después de tantos sufrimientos, todo el consuelo que tenía que esperar se reduciría á un cambio de amo.

En este estado de cosas había muerto Adriano, hombre santo y príncipe incapaz. Tuvo por sucesor á Clemente VII, que con el nombre de cardenal Julio de Médicis, se había hecho amar sobre todo en Florencia. «No era orgulloso, simoníaco, avaro ó libertino, sino sóbrio en su alimento, económico en su traje, religioso y devoto.» Instruido, además, en las ciencias, protector de las artes, diestro en los negocios más difíciles, orador elegante, fué, sin embargo, para la Italia el pontífice más funesto.

Comenzó por hacer volver á la obediencia á los príncipes vasallos de la Iglesia, que se insurreccionaban cada vez que vacaba la Santa Sede; después pensó procurar una posición elevada á sus parientes; había siempre favorecido á la España, y se alababa de haber impedido á Francisco I adelantarse hasta Nápoles, cuando su primera invasión en Italia; haber decidido á León X á no oponerse á la elección de Carlos V, y á abolir la antigua prohibición de unir la corona imperial á la de Nápoles; haber favorecido la alianza del emperador con el papa para tomar

á Milan; «haber hecho elegir á Adriano VI, y no haber economizado para conseguir su objeto, los tesoros de sus amigos, los de su patria y los suyos.» Asustabase, sin embargo, entonces al ver á los españoles establecidos en Lombardia, lo que le hizo cambiar de política.

Sin embargo, la guerra se había convertido en una necesidad para aquellos que peleaban, con objeto de permanecer necesarios. El condestable de Borbon insistía en invadir la Francia y marchar sobre Lion: *Tres cañonazos, decía, harán que vengan á echarse á nuestros piés á esos vecinos cobardes, con las llaves en la mano y la cuerda al cuello.* Reunió, pues, tropas y vasallos Carlos V; procuró dinero Enrique VIII; y el marqués de Pescara pasó el Var con el condestable de Borbon. Pero pronto conocieron el error que inspiran los traidores (1524), y cuanto fuerte y unánime es la Francia contra sus invasores. Cansados de la resistencia que experimentaron en Marsella, se retiraron después de cuarenta días de sitio, como si hubiesen emprendido la fuga, y Francisco I, que se adelantaba para castigar la *baladronada española* del desertor, pasó el monte Cenis con cuarenta mil hombres, y marchó sobre Milan por Vercelli.

Los soldados habían llevado allí la peste, su inseparable compañera; Esforcia y Morone, su canciller, se habían libertado. Viendo Pescara que ya no podía sostenerse allí, se replegó; y los franceses entraron en la ciudad, cuyo gobierno se confió á la Tremoille.

Desanimados los imperiales, se desertaban muchos soldados desde que habían perdido las esperanzas de vencer y saquear; los oficiales no estaban acordes sobre los partidos que había que adoptar, y Francisco I hubiera podido asegurarse la victoria, si el almirante Bonnivet no le hubiese siempre inclinado en contra de las empresas más ventajosas como no convenientes á un rey, y si hubiese conocido el sistema moderno de no atacar las fortalezas. El tiempo que perdió en hacerse dueño de ellas, lo aprovechó Antonio de Leyva, que había asistido á treinta y tres batallas y cuarenta sitios, y le empleó en fortificar á Pavia.

Mientras que Francisco I se detenía delante de esta plaza, Juan Jacobo de Médicis, aventurero milanés, que había conseguido en medio de aquellos trastornos una dominación en



el lago de Como, pudo, sitiando á Chiavenna, impedir que los grisonos viniesen á su socorro, mientras que reuniéndose los imperiales por todas partes, rodearon al ejército francés. En una época en que ya todo estaba reducido á táctica, el rey se empeñaba en las proezas de la antigua caballería, convirtiéndose en un punto de honra el no retroceder nunca. Aceptó, pues, la batalla, y ocho mil de los suyos perecieron allí con una veintena de los mejores capitanes (batalla de Pavía 28 de Octubre). Bonivet fué muerto, y también la Tremoille; el mismo rey, rodeado de enemigos, que sin conocerle, querían matarle, tuvo que defenderse en persona, hasta el momento en que llegó Lannoy, virey de Nápoles, á quien entregó su espada. Este general la recibió de rodillas, y le entregó otra; los enemigos más próximos se apresuraron á saquear todo lo que tenía sobre él y hasta sus vestidos. Aunque el rey escribió á la duquesa de Angulema: *Todo se ha perdido, menos, el honor*, Carlos V conocía bien que no había perdido nada, y que la Francia permanecía entera, aun sin su rey. En su consecuencia, mostró moderación en la alegría que le causó aquella gloriosa captura, y no siguió el consejo que le daba el duque de Alba de invadir la consternada Francia.

Toda la Europa se interesó por el rey soldado. Erasmo escribió á Carlos V; los nobles españoles pidieron que se le dejase en libertad bajo su palabra, ofreciendo servirle de fianza. Francisco I se había confiado á la generosidad de su enemigo; pero Carlos V le hizo encerrar en el castillo de Pizzighetlone, y le pidió por rescate la cesion de la Borgoña, Milan, Asti, Génova y Napoles; además, para el contestable Borbon, la restitucion de sus bienes confiscados, el Delfinado y la Provenza, para formar un reino independiente. *¡Antes morir en prision,* exclamó Francisco I, *que cercenar el patrimonio de mis hijos!* y se dejó trasladar á España, persuadido de que le bastaría una conversacion con su hermano Carlos para obtener su libertad. Pero concibiendo el emperador recelos de los honores que le prodigaba la nobleza, prohibió la entrada al alcázar donde le tenían prisionero. También se negó á verle, hasta el momento en que se supo que estaba enfermo de pesar; temiendo entonces perder una prenda

preciosa, de la que esperaba sacar buen provecho, le visitó sin concederle más que cortesías. Habiendo ido la misma Margarita de Angulema á consolarle, trató de detenerla con maneras muy afectuosas, hasta que espirase el término de su salvo conducto, para poder hacerla de esta manera prisionera.

Este inesperado acontecimiento evitaba ya los subterfugios de la política, y arrojó el escanto en Italia, que quedó á merced de un ejército victorioso, insubordinado y acostumbrado al saqueo.

Clemente VII, que se había unido á Francisco I, no podía aguardar más que una borrasca, y no se había preparado bien á hacerle frente con sus economías importunas y una deplorable irresolucion. Hubiera podido, uniéndose á los venecianos como se proponía, y al duque de Ferrara, sostener el honor italiano contra un ejército sin sueldo y sin disciplina; pero prefirió arreglarse con Carlos V, desde que este príncipe aseguró Florencia á los Médicis. Le proporcionó dinero, que permitió á los imperiales recobrar vigor; cesando entonces éstos de temer la union de sus enemigos, tiranizaron á los divididos italianos y al mismo pontífice, que no habiendo querido ponerse á la cabeza de sus compatriotas, se encontró á merced de los extranjeros. Reconoció Clemente su falta, y unió sus quejas á las de toda la Italia, que temblaba á la idea de permanecer bajo un yugo que acababa de sufrir con tanta dureza. Esforcia, á cuyo nombre se había recobrado el estado de Milan, era presa de la soldadesca, y conocía que Carlos V trataba de desposeerle, para reunir el ducado á sus posesiones hereditarias. Su canciller, Gerónimo Morone, á quien aquella ambicion hacia temblar, concibió la idea de una liga italiana para asegurar la independenciam del país (1525). Enrique VIII la favoreció por envidia á Carlos, y la regenta de Francia prometió subsidios con la esperanza de obtener de aquella manera mejores condiciones del vencedor. El marqués Alfonso de Pescara tenía gran crédito en el ejército español. Nacido en Italia, nacido de origen de aquel país, no hablaba más que esta lengua; de un orgullo desmesurado, era envidioso, ingrato, avaro, rencoroso y cruel, sin religion, sin humanidad, y nacido solamente

para la ruina de Italia. «No estaba contento con que Lannoy hubiera enviado á España al real prisionero, que el ejército quería tener en prendas por sus sueldos atrasados. Lisonjeóse Morone de atraerlo al partido italiano, no atacándole por el lado del sentimiento nacional, sino lisonjeándole con la esperanza de una corona. Extraño á la cultura italiana, y educado por la lectura de los romances españoles, en ideas exageradas de lealtad, Pescara no creyó envilecerse descendiendo al infame papel de espía. Consintió en avocarse con Morone en el castillo de Novara, donde se puso al corriente de las prácticas entabladas ya, de los cómplices y medios de éxito. Pero había tenido la precaucion de ocultar detrás de un tapiz á Antonio de Leyva. En su consecuencia, fué preso é interrogado el canciller por el mismo marqués, ocupado el Milanésado, y sus habitantes obligados á jurar fidelidad al rey de España.

Cuando los italianos vieron á Carlos V en posesion del Milanésado, conocieron que era perdida su independenciam. Adoptando entonces Venecia el papel abandonado por Florencia de protectora de la libertad italiana, reunió tropas y dirigió á Clemente VII las más vivas instancias para que se declarase seriamente. En efecto, escribió el pontífice cartas al emperador, que manifiestan cuán poseido estaba del sentimiento de sus deberes, y de los del monarca á que se dirigía; pero cuando se trataba despues de obrar, volvió á recaer en sus dudas, y recurria á medios de astucia. Príncipe fatal, que queriendo gastar á la Francia con el emperador, y al emperador con la Francia, adhiriéndose tan pronto á uno como á otro lado, segun los celos del momento, sin hacerse amar ni temer, extinguió la libertad de su país natal, y atrajo sobre la Italia calamidades, de las que tuvo en parte que resentirse él mismo.

En Francia, donde Luisa de Saboya se había hecho cargo de la regencia (1526), todas las órdenes del Estado daban ardientes pruebas de afecto, y ofrecían dinero para conservar la integridad de las fronteras. Si Francisco I hubiese tenido el valor de abdicar, de modo que no quedase más que un hombre prisionero, nada hubiera tenido que temer la Francia. Lejos de esto, se ostentó como rey, y trató de su libertad con un enemigo que no conoció que le era pre-

ciso, ó conservarlo enteramente prisionero, con el objeto de que las discordias interiores consumiesen el reino, ó devolverle generosamente á una nacion que se deja conducir comunmente por el sentimiento. Pero obedeciendo Carlos á mezquinos intereses, y queriendo hacer con su rival lo que Cortés con Motezuma, en lugar de seguir los consejos de su confesor, que le invitaba á perdonar, escuchaba á su canciller Mercurino Gattirana, que le inclinaba á usar de rigor, y llegó hasta á tratar mal al rey. Persuadido Francisco I de que era preciso engañar á aquel que le violentaba, consintió, pues, en las condiciones exigidas por Carlos, es decir, en abandonar la Borgoña y otras provincias de Francia, sin contar la renuncia de sus derechos á Flandes, el Artois y el reino de Nápoles.

Leonor de Portugal había sido prometida en matrimonio por Carlos V al condestable de Borbon; ¿pero cómo podía ya dar la mano de su hermana á un hombre manchado con una traicion? Cuando el duque llegó á Madrid, el marqués de Villena, á quien Carlos V rogaba diese alojamiento en su palacio, le contestó: *No puedo desobedecer á vuestra majestad; pero apenas haya salido de él, cuando le prenderé fuego, como infestado por la presencia de un traidor.* Comprometiéndose Francisco I á casarse con Leonor, dando en indemnizacion al duque de Borbon, sus feudos confiscados y el ducado de Milan. Sus hijos debían ser entregados en rehenes en cumplimiento del tratado. Estas condiciones parecían de tal manera exorbitantes, que Gattirana se negó á firmarlas como de imposible ejecucion. Pero Carlos estaba satisfecho con haber conseguido humillar á su rival, y despues de haberle hecho sufrir las penalidades de la prision, no le desagradaba poder hacerle el cargo de desleal. Aspiraba Francisco á la libertad, á los placeres, al ejercicio del poder, y, sin tomarse tiempo para abrazar á sus hijos que se quedaban en su lugar, se lanzó sobre el territorio francés, exclamando: *¡Aún soy rey!*

Al momento reunió á los grandes en Cognac, y fué la opinion unánime que estaba libre cumplir un tratado conseguido por la fuerza. Los estados de Borgoña declararon que el rey no tenía derecho para ceder su país. La asamblea de los notables proclamó en Paris que no podía enajenar el país ni constituirse prisione-



ro, y votó subsidios para hacer la guerra. Acusáronse mutuamente de felonía Carlos y Francisco, y de nuevo se prepararon á pelear. El honor del rey no había sido empañado en Pavia: ¿pero sucedía lo mismo en las circunstancias actuales?

Por sugerencias de Capino de Capo, nuncio de Clemente VII, y por las del embajador veneciano, entró Francisco I en una santa liga que tenía por objeto libertar á sus hijos, asegurar á Esforcia el ducado de Milan y Nápoles al papa, arrojar á los imperiales de Italia y conservar la independencia del país, despues de treinta años de guerra, ó más bien de un suplicio vergonzoso impuesto á una población desarmada por una soldadesca feroz y libertina.

La Italia tenía ciertamente todos los motivos posibles para desplegar sus últimos esfuerzos. En vano reclamaba la Sicilia sus privilegios á un rey dueño de la mitad del mundo; asolada Nápoles audazmente por los jefes de bandas y los magistrados, que, no contentos con robar las riquezas, secaban las fuentes; la Toscana veía espirar su libertad; la Romaña había tenido que sufrir alternativamente á todos los tiranuelos turbulentos y pontífices ambiciosos; la Lombardia no cesaba de ser un campo de batalla; además, todas estas comarcas eran asoladas por ejércitos formados con reclutas extranjeros, comprados separadamente ó conducidos por un capitán sólo por amor al botín; tropas continuamente dispuestas á volverse contra los que las pagaban, y queriendo á cualquier precio la guerra, que era su único medio de existencia, sin cuando tuviesen que hacerla por su propia cuenta.

La facción se había reanimado en Lombardia, en medio de las dominaciones que se sucedían allí cesar, y algunos pequeños señores se habían levantado sin otro derecho que el de su espada, y sin mas objeto que el de poder obrar al antojo de su capricho. En este número se señala Juan Jacobo de Médicis, de Milan, llamado el Medeghino. Comenzó su carrera con venganzas viriles; y, para escapar al castigo, abrazó el oficio de las armas, sosteniéndose como tantos otros lo hacían en un país desorganizado. Francisco Esforcia le empleó en desacerse de Astor Visconti, su enemigo particular, y en recompensa le dejó ocupar el castillo de Musso,

en el lago de Como. Habiéndose fortificado en aquella posición, dominó el lago, y acogió á hombres de armas é ingenieros; de esta manera pudo á su gusto, ó reducir á la escasez al ducado, impidiendo trasladar allí trigo, ó asaltar la Valtelina y Chiavenna para secundar al duque. Obligó también á los grisonos á llamar á las tropas que servían á las órdenes de Francisco I, lo que produjo la derrota de Pavia. Cuando los españoles se hicieron dueños de él, no por eso se sometió á su yugo, sabiendo mostrarse alternativamente león y zorra. El lago y los montes comarcanos estaban llenos de partidas de hombres armados, que, aprovechándose del desorden general, robaban y mataban con desprecio de las leyes; ¡desgraciadas las gentes pacíficas! El Medeghino destruyó á unos, ganó á otros, y se sostuvo de esta manera dominando y esparciendo el terror en los alrededores. Se tituló conde de Lecco, y acuñó moneda. Poco faltó para que no se apoderase también de Como. Bien provisto de oro y tropas, no retrocediendo delante de un crimen, uno de los hombres más astutos de aquel siglo de astucia, ganando con todos los partidos, pensaba formarse un vasto dominio, y tal vez apoderarse de todo el ducado. En fin, los grisonos y las fuerzas ducales se reunieron contra él, pero él supo tocar tan hábiles resortes, y negoció con tanta destreza, que el orgulloso Carlos V se vió obligado á condescender con él bajo buenas condiciones, y á darle, además de una indemnización en dinero, el marquesado de Malignan.

La gravedad de los males comunes hacía desear el remedio. La envidia excitada por Carlos V, y el desorden de las rentas de este monarca, daban esperanzas de que la independencia de Italia se sostendría eficazmente. Por desgracia, los italianos habían perdido la costumbre de las armas; y aquellos hombres valerosos, que hacían frente al peligro para saquear ó dominar, ó que vendían su valor, no eran más que la hez de la nación; llenos de energía para las pequeñas hazañas, les faltaba el verdadero valor que nace de un sentimiento generoso. Por otra parte, los gobiernos no tenían ya la firmeza que en otro tiempo les hacía resistirse con constancia, tanto á los extranjeros como á los nacionales. Venecia vivía con el día, y el papa

titubeaba. Carlos V prometió al pontífice restablecer á un italiano en Milan, y restituir Parma y Plasencia á la Santa Sede; luego ponía por obra, según la antigua táctica de los reyes, heresiarcas y concilios, espantajos para hacer aceptar sus voluntades.

Ya Lutero había crecido hasta el punto de asustar al mundo católico. Maximiliano le había protegido diciendo: *Algun día podrá ser bueno para algo.* Reconociendo entonces Carlos V que el papa temía mucho la doctrina de Lutero, quiso convertirlo en un freno para sujetarle. Esperó Clemente que en la ruina de Italia, la Iglesia, al menos, triunfaría con el engrandecimiento de Carlos, á quien consideraba como ardiente católico. Tenemos, en efecto, una carta suya en la cual propone formar una liga con los príncipes ortodoxos, con objeto de extirpar con el fuego y el hierro aquella planta venenosa. De esta manera es como, dividido entre dos intereses, no supo Clemente VII ser ni buen papa ni buen italiano.

Sin embargo, desde que estalló la guerra, no hay necesidad de decir con qué ardor los italianos se preparon á la lucha, conociendo que debía decidir de sus destinos. El duque de Urbino, general de los venecianos, marchó sobre el Milanesado, al paso que Guido, Rangone y Guicciardini historiador, fueron con las tropas pontificias; pero no sabiendo los aliados obrar unidos, el papa creyó que no tenían para con él las consideraciones que se le debía; el Medeghino, que recibía sumas considerables para reclutar suizos, las gastaba en su propio interés; el duque de Urbino, que se daba por imitador de los Colonna, alargaba lo posible la guerra; en fin, los socorros de los franceses, muchos en palabras, eran cada día menores en realidad, sobre todo desde que Francisco I había entablado nuevas negociaciones con el emperador.

Sin embargo, Milan estaba tiranizado por Antonio de Leyva y Alfonso de Avalos, que procuraban por medio de atroces suplicios y exacciones brutales, producir nuevas sublevaciones para justificar nuevos rigores; de tal manera, que varios milaneses se dieron la muerte para escapar á aquel yugo de hierro, é infinidad de ellos emigraron cuando Leyva les dió permiso para llevarse su dinero.

No habiéndosele quitado un caballero su sombrero, Leyva hizo darle muerte. Indignado el pueblo, se amotinó, penetró á viva fuerza en el antiguo palacio, donde mató á ciento cincuenta infantes que estaban de guardia, se apoderó del campanario desde donde arrojó á los centinelas, y peleó hasta por la mañana, con una pérdida de algunos centenares de ciudadanos. Pero los lansquenets incendiaron por diferentes puntos la ciudad; habiendo acudido en mayor número los españoles, enviaron al suplicio ó al destierro á los jefes; sujetaron á los demás á su discreción, y Milan fué entregada y presa de la avaricia de los soldados. Poco contentos con haber asolado los campos y saqueado las tiendas, mantenían atado al dueño de la casa del alojamiento de cada uno para arrancarle con violencia, y toda clase de malos tratamientos, lo poco que pudiera haber ocultado.

Vióse precisado á capitular el castillo de aquella ciudad á vista de los confederados, cuya lentitud no se desmentía, y Francisco Esforcia pudo escaparse, pero con trabajo. Siena, que se había declarado por la bandera imperial, no pudo ser forzada por los florentinos, ni Génova por Andrés Doria, almirante de la escuadra pontificia. Juan de Médicis, el más valiente italiano de aquella época, murió de una herida. Habíase lisonjeado Maquiavelo con la esperanza de verle formarse al frente de las bandas negras un estado independiente arrojando á los extranjeros de Italia. Véase sobre qué hombres estaban reducidos los italianos á contar para su emancipación.

Sin embargo, el condestable de Borbon, sin la menor consideración al país que le había sido prometido, le afligió con enormes contribuciones para pagar á sus tropas, á quienes hacia mucho tiempo no satisfacía el emperador y pedían á grandes gritos el saqueo de una opulenta ciudad.

Asustado Clemente VII, prestó oídos á las sugerencias de Hugo de Moncada, embajador de Carlos V, y digno discípulo del duque Valentinois, que le prometió que haría la paz con el emperador y con los Colonna, que amenazaban entonces á la Santa Sede. Apenas el papa, engañado por esta astucia diplomática, estipuló con Lannoy y despidió á sus tropas, cuando el cardenal Próspero Colonna (1526), se unió á